

aspecto de un hombre sencillo y honrado, se reía de sus exageraciones, pero sacaba provecho de ellas.

Los hombres políticos de Francia deseaban cancelar la vergüenza de la guerra de Siete Años; los filósofos abogaban por que su nación se hiciese la iniciadora y el sosten de principios generosos, y á todos agradaba la humillación de la soberbia Albion. Sin embargo, el tesoro se hallaba pobre, y á un rey veniale mal apoyar la revolucion; pero con todo, ajustó un tratado de alianza bajo la sombra ó pretexto de un tratado de comercio, en el que la Francia, con mucha generosidad, no estipulaba para sí ninguna ventaja, excepto la promesa de que los Estados Unidos no se someterian nunca á los Ingleses; y aun anticipó diez ocho millones de francos sin réditos hasta la paz, y salió garante de un empréstito contraído en Irlanda.

Mas lo que era nuevo é importante para toda la Europa, era el que se sancionaba así el principio de revolucion. Para entónces ya habian pasado á América algunos voluntarios franceses guiados por el jóven marqués La Fayette; intrépida juventud que no tan solo ayudaba á pelear con su diestro brazo, sino que hacía cada vez mas popular la causa de las colonias en Europa. Por fin, Luis XVI envió abiertamente tropas bajo las órdenes del conde de Estaing, y mandó que saliese la escuadra. España se unió á Francia, de modo que reunidas sus flotas ascendian á sesenta y seis navios de línea, que constituían la mayor armada que jamas amenazara la isla, miéntras que se hallaban preparados en las costas de Bretaña y Normandía sesenta mil hombres prontos á hacer una invasion, tanto mas temible cuanto que las turbulencias de Irlanda hacian poco seguro el interior. Pero las enfermedades desarrolladas en la flota diezaban la gente, y no se hizo nada digno de semejantes preparativos. Miéntras tanto los Ingleses, exasperados de la alianza de los rebeldes con Francia, desplegaron todo su vigor y patriotismo, y la aristocracia, renunciando á las divisiones de partidos, ofreció en aras de la patria naves y dinero.

Reducida la guerra al principio á encuentros en la mar, pronto se extendió por toda Europa. Miéntras tanto sufrían cruelmente los Estados Unidos por las pérdidas que causaban los Ingleses en sus posesiones; su hacienda estaba en desórden, su papel sin crédito, su lealtad comprometida. La magistratura no tenia otro mérito que el de exagerar las cosas; el congreso impotente, como sucede á todo gobierno nuevo; el ejército reducido á vivir de pecoreas y rapiña. Por otra parte los Americanos que no desmentian el origen británico, hacian revivir entre ellos sus antiguos celos contra los Franceses, y pareciéndoles que no se operaba lo bastante, movian disputas entresí; hasta las mismas sectas se exasperaban y rebullian, como suele suceder cuando se entibia el entusiasmo, al paso que los realistas, bastante numerosos en

las colonias meridionales, excepto en la Virginia, se alegraban de los males de la patria, sin que los castigos produjesen mas efecto que el exasperarlos.

Con todo, la llegada de los refuerzos franceses puso á Washington en estado de tomar la ofensiva otra vez, pone á salvo á Filadelfia, y hace frente á las traiciones, á las disidencias, y á los desórdenes, miéntras que los Franceses prosperan en sus operaciones en las Antillas. Lord Cornwallis por su parte conquista las dos Carolinas, y penetra en Virginia; pero Washington, La Fayette y Rochambeau lo rodean, obligándole á rendirse como prisionero con todo su ejército el 19 de octubre de 1781 en Yorktown.

Entónces la Inglaterra se manifiesta cansada de una guerra en la cual todas sus victorias no daban otro resultado que pérdidas, y sus sacrificios ruina; reconoce la independencia americana, y en la paz de Paris (20 de enero de 1782), no pudiendo subyugar á sus colonias, con mucho tino fué mas generosa con ellas de lo que deseaban España y Francia.

XIV

Miéntras que se decidía en Europa la suerte de los Estados Unidos, estos se agitaban y se ponian furiosos, siendo á Washington á quien tocaba saborear aquellas amargas y contradicciones por haber servido bien á su patria. Habia prometido el congreso una compensacion á los soldados; pero no teniendo los medios necesarios para cumplirlo, amotináronse estos excitados por un libelo tan violento como lleno de astucia, y la guerra civil parecia pronta á hacer reir á los reyes, á no haber intervenido Washington con su acostumbrada prudencia, desaprobando el escrito y los actos, como asimismo negándose á admitir la dictadura que se le ofrecia. Tranquilizados los sediciosos, y rechazados ó vencidos los enemigos, Washington hizo dimision de su mando, que habia aceptado, no por ambicion, sino por su buen celo y amor á la patria, dejándole con aquel cansancio de actos públicos y de arduas tareas que siempre sucede á aquellos que tomaron una gran parte en las vicisitudes y contiendas políticas.

Al separarse de sus compañeros de armas, entre el afectuoso sentimiento y el placer de descansar en la victoria, no disimuló estar disgustado ya de la vida militar, á la cual habia dedicado con tanta prosperidad y buen éxito sus mejores años, y que sin embargo debia agradecer á este genio regulador, firme mas bien que fecundo, justo y benévolo con sus semejantes, pero grave y algun tanto frio, nacido para el mando mas bien que para la discusion, que en la accion amaba el órden, la disciplina, la jerarquía, y que preferia el simple uso de la

fuerza á las sutiles complicaciones, y á los acalorados debates de la política.

« La accion ávida, activa, vuelve al fin á su punto de partida (escribia el héroe). La víspera de Navidad las puertas de esta casa vieron entrar un hombre nueve años mas viejo que cuando la dejó... Pues bien, empiezo á sentirme muy bien, libre de todo cuidado. Procuero perder la costumbre de meditar, cuando me despierto sé lo que haré durante el dia, y despues de reflexionar en muchas cosas, descubro no sin sorpresa que ya no soy un magistrado, y que nada tengo que hacer en los negocios públicos... Espero pasar el resto de mis dias cultivando el afecto de los hombres honrados, y practicando las virtudes domésticas... La vida de propietario es la mejor de todas, porque es honrosa, alegre, y con juicioso esmero tambien se hace provechosa. » Ya La Fayette le decia: « Héme aquí otra vez un simple ciudadano á las orillas del Potomak, á la sombra de mi higuera y de mi viña, libre del tumulto del campamento, de las penosas agitaciones de la vida pública, saboreando la alegría y goces que no comprende el soldado que solo piensa en la gloria, ni el político que, sin descansar noche y dia, pasa su tiempo meditando su propio bien por medio de la ruina de otros países, como si el mundo no fuese bastante para contenernos á todos; ni el cortesano siempre mirando el semblante de su príncipe para obtener un favor. Yo no tan solo me retiro de los cuidados y negocios públicos, sino que me retiro y entro en mí mismo, pudiendo así abrazar con profunda satisfaccion la vida solitaria y seguir la senda de la vida privada. No teniendo envidia á nadie, estoy resuelto á contentarme de todos, y de esta manera bajaré tranquilamente la pendiente de la vida, hasta que duerma al lado de mis padres. »

Y razon tenia en hallar una especie de atraccion, un encanto en aquella existencia activa y tranquila del gran propietario, en aquellas labores llenas de interes y exentas de tedio, en aquella autoridad doméstica de pocos contrastes y pequeña responsabilidad, en aquella buena armonía entre el hombre inteligente y la naturaleza fecunda, entre aquella hospitalidad grave y sencilla, así como en los placeres del respeto y aprecio obtenidos sin esfuerzo. Y esto con tanta mas razon cuanto que se reunian el reconocimiento público y la gloria, que por mas que sea importuna siempre es agradable: un don que la naturaleza le ofrecia rehusóle lacónicamente. Siempre laborioso, hacía grandes mejoras en su hacienda, embellecia su casa; ocupábase de los intereses locales de la Virginia; del establecimiento de escuelas é instituciones literarias; de las grandes obras de utilidad pública; columbraba y pensaba ya en aquella grande navegacion interior de Levante á Poniente que debia dar un dia á los Estados Unidos la mitad del mundo; y luego que se formó una sociedad con este objeto, le

regaló cincuenta acciones que él aplicó á fundar dos colegios. Tenia una extensa correspondencia que él mismo llevaba, y se complacia sobremanera en dar buena acogida á sus huéspedes, y tener á su mesa amigos á toda prueba. « Deseo (escribia á uno de estos á los pocos dias de haber vuelto á Monte Vernon) que el aprecio y afecto recíproco sembrados por nuestra mano y que crecieron en el tumulto de la vida pública, no se ajarán ni morirán en la calma del retiro. Antes por el contrario, debemos engalanar nuestras horas vespertinas cultivando estas plantas, y haciendo que crezcan y se desarrollen en toda su lonzania, hasta que se trasplanten á climas mas felices. »

La Fayette, próximo á marcharse en 1784, fué á despedirse de Washington, por quien este tuvo acaso el afecto mas tierno de toda su vida. Ademas de los servicios prestados, el aprecio personal, el carácter atractivo y la entusiasta adhesion que tenia por él este noble jóven, elegante, de espíritu caballeresco, que habia dejado la corte de Versalles para ofrecer su espada y sus riquezas á los colonos americanos, todo esto representaba á los ojos del general americano un homenaje de parte de la nobleza del Viejo Mundo á su causa y á su persona: era un vínculo entre él y la sociedad francesa tan brillante, tan viva y celebrada.

« En el acto de separarnos (así le escribia Washington), durante el viaje y siempre despues, he comprendido todo el afecto, todo el cariño que os tengo. Miéntras que se iban alejando nuestros coches, me preguntaba continuamente á mí mismo, si seria esta la última vez que nos veríamos, y aunque mi deseo me inclinaba á decir que no, mis temores me decian que sí. Recordábamos en nuestra memoria los dias de la juventud, y comprendíamos que ya hacía tiempo que habían pasado para no volver mas; como igualmente que ya bajábamos aquella pendiente cuya subida nos habia costado cincuenta y dos años, y que, no obstante la fuerza de mi temperamento, pertenezco á una familia que vive poco, debiendo por consiguiente prepararme á descender pronto al sepulcro de mis padres. Pero, ¿por qué lamentarme, puesto que he hecho mi jornada? »

XV

Sin embargo, el hombre no puede separarse del todo del puesto que ocupó con dignidad: y aun en la soledad encontraba Washington de qué inquietarse y afligirse profundamente. La Confederacion se disolvía; el congreso único vínculo que unia los Estados, firmaba los tratados, nombraba embajadores, proclamaba que el bien público exigía tales leyes, tales instituciones ó gravámenes, tal ejército, pero sin derechos ni fuerza, no podia dar ni

leyes, ni jueces, ni empleados para aplicarlas, ni ingresos para pagar los embajadores, los empleados, los jueces, ni tropas para exigir las contribuciones, respetar las leyes, jueces, ó empleados. Los Estados principiaban ya á caer en las rivalidades, en las desconfianzas, y en las miras ó perspectivas grandes é interesadas; los tratados que habian asegurado la independencia nacional se cumplian precaria é imperfectamente; no se pagaban las deudas, y las contribuciones impuestas con este objeto no entraban en el tesoro público; la agricultura decaía, el comercio disminuía, la anarquía progresaba; todos estaban descontentos, y todos echaban la culpa al gobierno, ora supiesen ó no el estado de las cosas. ¿Dónde, pues, estaba la fuerza ó el talento para reparar los males de ocho años de devastaciones, y para asegurar el pago de cuarenta y tres millones de duros?

Para amortizar esta deuda, proponíase una contribucion de cinco por ciento sobre las importaciones; pero no llevándose á cabo, fué tan solo un nuevo sacudimiento para el crédito. Por otra parte, cada país hacia sus reglamentos de comercio segun convenian á sus intereses particulares; la exportacion ya no se hallaba protegida por la bandera inglesa, mientras que habia que pedir á la Inglaterra un gran número de mercancías. Parciales insurrecciones fueron la consecuencia, dando esto ocasion á la Gran Bretaña para excluir á los americanos de muchos de sus puestos. Hemos dicho que la Asamblea no era soberana y legislativa; y como en virtud del derecho protestante, no constituía otra cosa mas que una reunion de diputados con poderes tan limitados que sus decisiones no tenian fuerza sin la ratificacion de cada uno de los Estados, resultaba que con frecuencia sucumbia á la inercia ó á la resistencia de uno solo.

En un territorio tan dilatado y con intereses distintos, la oposicion de uno de estos distritos impedia los decretos de los demas, haciéndose sentir así la necesidad de un vínculo ó union para pagar sus deudas comunes, para reprimir entre todos las turbulencias de cada uno, y como consecuencia, la necesidad tambien de reformar el pacto federal.

Los *federalistas*, sin negar la soberanía de cada Estado, querian que se fundasen todos bajo un solo poder central para el bien ó utilidad comun, y que hubiese ilimitada autoridad sobre todos los Estados, como la tenian los gobiernos particulares sobre cada individuo; que poseyese el poder de obligar á los individuos ó los Estados á los pactos de la Confederacion, que dispusiese del ejército y de la marina; en una palabra, que los trece Estados compusiesen una nacion. Los demócratas, á pesar de comprender la necesidad de una centralizacion, la reducian á una alianza entre los Estados independientes, y temerosos de un poder robusto, casi querian hacer mas radical

la reforma política introducida; pero no teniendo otra idea de emancipacion que la de su siglo, tranquilizábanse sobre las doctrinas de una independencia exorbitante que va á parar al individualismo, y que al deseo de libertad sacrifica la sociabilidad. Franklin y Jefferson eran de este parecer; Washington y Adams estaban por los federalistas; y aun hubo quien propuso una monarquía templada bajo el hermano del rey de Inglaterra.

En realidad todas las colonias estaban dispuestas á una constitucion republicana. Aquellas en las que poco hace prevalecia el elemento aristocrático, como la Virginia, le vieron atacado y vencido inmediatamente; los mayorazgos y las sustituciones desaparecieron; la Iglesia no tan solo perdió sus privilegios, sino tambien su representacion en el Estado; el principio electivo entró de lleno en todo el gobierno, dando grande extension al derecho de sufragio, y la legislacion civil plegó siempre mas hácia la igualdad, sin cambio radical.

Hácia la democracia se caminó aun mas decididamente en los hechos que en las leyes. En las ciudades creció bastante la poblacion, y con la poblacion la plebe. En el campo en la parte occidental, mas allá de los Montes Alleghanes, el movimiento continuo y acelerado de la emigracion formó y preparó nuevos Estados, llenos de poblacion esparcida, sedienta de riquezas, luchando por todas partes con la tosca naturaleza y con los salvajes, medio salvaje ella tambien, ignorante de las formas y de la urbanidad de una sociedad civilizada, abandonada al egoismo de su aislamiento y de sus pasiones, atrevida, soberbia, inculta é imprudente.

En los Estados medio civilizados, las teorías mas radicales eran las que obtenian mas favor y eficacia. « Las tierras de los Estados Unidos se libraron de la confiscacion británica por los esfuerzos de todos, y por consiguiente deben ser la propiedad de todos. Cualquiera que se opona á esta máxima, es enemigo de la justicia, y merece que desaparezca del mundo... Es preciso anular todas las deudas públicas y privadas, y establecer la ley agraria, la que puede obtenerse por medio de papel moneda sin empeño y de curso forzoso. » Así escribia Knox á Washington. Estas aberraciones demagógicas eran bien acogidas por una gran parte del pueblo en Massachusset, Connecticut y Nuevo Hampshire, tomando las armas doce ó quince mil hombres para llevarlas á efecto.

En una sociedad tan agitada y de tan escasa cohesion, el antiguo gobierno hallábase deshecho, y el nuevo no se habia formado: el estado político era aun mas débil, mas incierto que el social. El pueblo y los exaltados, que siempre exageran las esperanzas, hallándolas ahora ilusorias, se enfurecian; esperábase que el gobierno débil caeria por sí mismo, y que luego se volveria al yugo inglés, así como los Hebreos echaban de ménos las cebollas de Egipto. En Europa la reputacion de los Estados

Unidos declinaba rápidamente, dudándose de su duracion; mientras que la Inglaterra fomentaba esta duda, esperando el tiempo y la hora convenientes para aprovecharlos. Al mismo tiempo los Ingleses hacian correrías y presas impunemente en donde no existian mas que seiscientos hombres de la milicia, y los Berberiscos insultaban la bandera.

Washington sentia, y hallábase como humillado de estas discrepancias y disturbios, lo mismo que si aun fuera responsable de semejantes sucesos. « ¡Dios mio! exclamaba él al oír las conmociones del Massachusset. ¡Qué cosa tan rara es el hombre cuando se muestra tan inconstante é incoherente en sus actos! ¡Ayer derramábamos nuestra sangre para darnos la constitucion que nos rige, constitucion que elegimos nosotros mismos, que salió de nuestra cabeza; y hoy desnudamos la espada para destruirla! ¡Sin duda al formar nuestra Confederacion hemos tenido probablemente demasiada buena opinion de la naturaleza humana! La experiencia enseña que los hombres, sin un poder coactivo, ni adoptan ni ejecutan las providencias mejor combinadas para su propia felicidad. »

Mas si en toda la Confederacion se sentia el mal, tambien se entrevia el remedio, y el espíritu de órden y de union, el amor á la patria americana, el disgusto de verla declinar en la estimacion del mundo, el cansancio de las estériles agitaciones anárquicas, la evidencia de los males, el presentimiento de los peligros, todas las ideas juntas, todos los nobles sentimientos de que se habia nutrido el alma de Washington, se difundian, y tomaban cuerpo para preparar un mejor porvenir. Trascorridos cuatro años desde que se ajustó la paz que aseguró la independencia, se reunió en Filadelfia una Convencion nacional, sugerida por el instinto público, para reformar el gobierno federal. Abierta el 14 de mayo de 1787, siguió deliberando á puertas cerradas hasta el 17 de setiembre, en que, guiada de sabios y puros principios, formó la constitucion que aun rige los Estados Unidos.

Una constitucion no sale completa como salió Minerva de la cabeza de Júpiter; antes por el contrario, saca un valor de su preexistencia, pues de otro modo representaria una cosa que no tiene existencia real; y si este era el deseo de pocos pero honrados ciudadanos, tambien era ya un sentimiento adulto en el pueblo y en los Estados, unidos ó desunidos. Mientras que al principio se habia adoptado una cámara única, Hamilton, Jay, Maditon y otros hombres prudentes llegaron á persuadir á que se establecieran dos, poco numerosas; un presidente tambien con pocas atribuciones, pero con accion libre; el poder judicial enteramente independiente y bastante fuerte para contener las cámaras en los límites de la constitucion. Washington insistió para que las discusiones fuesen secretas, sustrayéndolas así de la tiranía

de la chusma, cuyo voto asusta á los héroes de mala raza.

No era, pues, una democracia; se queria resistir á los actos arbitrarios é inconstitucionales, pero no cambiar el órden vigente; conservábase el antiguo sistema colonial, salvo que el poder supremo procedente de la corona de Inglaterra se trasferia al *pueblo unido*. Como al principio, quedaba independiente en la administracion local cada una de las colonias, y unidas todas bajo una misma soberanía. En una palabra, la union, no la unidad.

Para representar un cuerpo único delante de las demas potencias, se atribuyó al gobierno federal todo lo que concierne la paz, la guerra, la diplomacia y los tratados; ademas de aquello que mas conviniese á la fácil comunicacion de los Estados entre sí, es decir, la moneda, carreteras, policia, convenios comerciales, correos, y arbitramento en desavenencias entre los particulares. El gobierno federal, en los casos que son de su competencia, obra de un modo directo é inmediato, sin recurrir á otra autoridad. La ley emanada del congreso queda confiada para su ejecucion á los oficiales civiles elegidos por el poder federal.

La soberanía del gobierno no es integra ó completa, sino sobre los *distritos federales*, territorio tan solo de ciento cuarenta y siete kilómetros cuadrados, regido con las solas leyes federales y directamente por el presidente y por el congreso. Aquí se erigió en admirable posicion la ciudad de Washington, en el centro, antes que se dilatasen las provincias hácia el Occidente, con grandes facilidades para comunicar con los países extranjeros, adornada luego de monumentos públicos; pero su poblacion, aun ahora, no pasa de cuarenta mil habitantes libres, y sus casas están diseminadas en un inmenso espacio, en razon á no ser aquel un país traficante.

En cuanto á lo concerniente á la administracion interior, las relaciones con los ciudadanos, el desarrollo de la vida intelectual y moral, la civilizacion material, se dejó á la incumbencia de las leyes particulares y á la soberanía de cada Estado, no habiendo entre estos bastante homogeneidad por representar fielmente el poder federal las ideas y costumbres de todos, para lo cual veinticuatro legislaciones arreglan los negocios de los Estados. Solo con el objeto de hacer desaparecer las diferencias mas marcadas, convinieron en algunos puntos comunes, como por ejemplo, en el gobierno de la República, y en la division fundamental de los tres poderes. Los gobernadores son elegidos por mas ó ménos tiempo á votacion de la autoridad legislativa y del pueblo: la cámara baja es bienal cuando mas, y la alta dura seis años. Mas bien por sentimiento que por escrito, está admitida la igualdad política, y como consecuencia el sufragio universal; la soberanía de la razon comun, y por consiguiente la autoridad legitima del pueblo; el perfeccionamiento

humano, y de aquí la ninguna consideración hacia lo pasado en aplicar el derecho social. Estas doctrinas ingertas en el tronco común de la legislación inglesa y en el protestantismo, llevan en sí cierta uniformidad de fondo, que hasta se advierte en las costumbres.

En cuanto á las formas, el poder ejecutivo reside en el presidente, que es responsable de sus actos, sin voto absoluto. Si muere, entra en su puesto el vicepresidente hasta que espiren los cuatro años. Á la apertura de la legislatura, el presidente hace ver en un mensaje el estado del país, y los negocios que deben tratarse; y como no hay ministros como en Inglaterra para defenderlos, se nombran comisiones permanentes que examinan cada uno de estos asuntos, y el que está á la cabeza de ellas defiende los informes, presentando á la cámara los documentos pedidos. El presidente y el Senado nombran todos los oficiales públicos, comprendidos entre estos los jueces del tribunal supremo. Los empleados del gobierno de la Unión no pueden ser diputados en el parlamento.

La opinión espontánea del pueblo, los intereses actuales y las nuevas ideas están representados por una cámara bional, de un representante por cuarenta mil almas; los antecedentes, la experiencia política, la reflexión y la tradición tienen por órgano el Senado, compuesto de dos miembros elegidos de cada asamblea legislativa de los varios Estados, y que representan así el antiguo sistema independiente de las colonias. De esta manera los Estados Unidos figuran en la cámara baja como una nación única, y en el Senado como una liga de Estados dependientes. Este último participa en el poder ejecutivo vigilándolo, y debiendo dar al presidente su consentimiento para el nombramiento de los embajadores ó representantes, de los funcionarios y tratados ajustados. Para evitar choques entre las dos autoridades paralelas, se atribuyó al poder judicial una autoridad inusitada, á fin de que, si el congreso llegase á traspasar sus límites, pudiese el ciudadano agraviado demostrar que la ley es inconstitucional, y entonces el tribunal, si la reconoce tal, la priva de su fuerza y efecto.

En el mes de abril de 1789, en el mismo tiempo en que veía Mirabeau abrirse en París la Asamblea Nacional, Washington fué elegido presidente del gobierno americano á unanimidad de votos. Ningun hombre llegó nunca á la cumbre de la suprema dignidad por camino más recto que él, ni con una votación más unánime, ni con influencia más segura y mejor reconocida. Mucho titubeó, sin embargo, ántes de sacrificar sus inclinaciones y su tranquilidad á un puesto de éxito muy incierto, para ser acusado tal vez de inconsecuencia y de ambición. Al fin, recibido que hubo el mensaje, marchó. « Hoy 16 de abril á las diez de la mañana, me despedí de Monte Vernon, de la vida privada,

» de la felicidad doméstica; y con el corazón » oprimido de dolorosos sentimientos, me puse » en camino para Nueva York, decidido á servir » á mi patria que me llama, pero con pocas » esperanzas de corresponder á lo que ella » espera. » Su viaje fué un triunfo; en los caminos, en la ciudad, todo el pueblo acudía á verle, á aplaudirle y á pedir á Dios por él. Entró en Nueva York acompañado de los comisarios del congreso, en una lancha elegantemente engalanada, con trece remeros en nombre de los trece Estados, y en medio de un inmenso concurso. « El movimiento de las lanchas (escribió él en su diario), la nave empavesada, los cánticos musicales, el estruendo del cañon, y las aclamaciones del pueblo cuando desembarcaba, llenaron mi alma de sensaciones tristes y dulces á la vez, porque pensaba que escenas enteramente opuestas podrían acaso ocurrir un día, á pesar de los esfuerzos que pudiese hacer para conseguir el bien. »

Cerca de siglo y medio ántes de esto, en las orillas del Támesis, un gentío igual y parecidas demostraciones habían acompañado á Cromwell á la basílica de Westminster, proclamándole protector de la República de Inglaterra. « ¡Qué concurso, qué aclamaciones! » decían sus aduladores, y Cromwell reflexionaba y se decía: « No se haría más si me llevasen al patíbulo. » ¡Analogía extravagante y gloriosa diferencia entre los sentimientos y las palabras del hombre grande pervertido y del hombre grande virtuoso!

XVI

No le faltaba razón á Washington en pensar y meditar sobre el empeño que contraía hacia una nación que había sabido conducir á su independencia y que le pedía un gobierno, precisamente en el acto de operar una de aquellas transformaciones sociales que hacen el porvenir tan tenebroso, y tan peligroso el poder.

Dos grandes cosas produjo la constitución: dió realidad y conveniente importancia al gobierno central, eximiéndole de los gobiernos de los Estados, confiéndole una acción directa sobre sus ciudadanos, sin la mediación de los poderes locales, y asegurándole los medios necesarios para poner en ejecución sus mandatos. Los derechos y las relaciones de los diversos poderes fueron ajustados con tino é inteligencia en favor de la forma republicana y la sociedad á quien se aplicaba.

Pero la constitución aun no era otra cosa más que una simple palabra, porque suministraba armas contra el mal, y no las quitaba. Las grandes magistraturas creadas por ella hallábanse enfrente de hechos que la habían precedido y hecho tan necesaria, y de aquí procedían partidos que se disputaban la sociedad y la constitución para amoldarlas según sus ideas.

El democrático arrogábase el título de republicano, llamando á los federalistas monárquicos; estos llamaban á sus adversarios antimonárquicos, acusándose mutuamente de tender uno á la anarquía, el otro á la unión; de que quería destruir uno la república, otro la unión. Prevenciones fanáticas ó astuciosas, pues uno y otro partido querían sinceramente la república y la unión de los Estados. En la práctica ó en los negocios inmediatos del país diferían poco, y bastante en los principios y aspiraciones. Tendía el partido federalista á la preponderancia de las clases elevadas y á la fuerza del poder central; el democrático era un partido local que quería la soberanía del número y casi la total independencia de los gobiernos parciales. De aquí resultaba que sus diferencias ó contiendas concernían al orden social y al político, á la constitución de la sociedad y su gobierno.

En una sociedad tan conmovida y trabajada, trató Washington de fundar de hecho, más por deber que por inclinación, y fiándose más en la verdad que en ilusiones de buen éxito, aquel gobierno que la constitución había decretado. De recto entendimiento más bien que grande, de un corazón justo y sereno, lleno de dignidad sin ser orgulloso, y aspirando más bien al aprecio público que al mando, Washington propendía á la igualdad y á la sencillez de máximas y costumbres á fin de vivir tranquilo en medio de un pueblo libre y soberano; pero cuando la cuestión pasaba del orden social al político, y tratándose de plantear el gobierno, mostrábase federalista abiertamente, opuesto á las pretensiones locales y populares, y el defensor de una autoridad fuerte y poder central.

Pero el triunfo de Washington no procedía simplemente de tacto, de fuerza ó de buena fortuna; sino que cansado de teorías, tenía fe en la verdad, tomándola por norma de su conducta, y obraba por el bien público y con la mira de salir airoso. Nada hacía sin que lo creyese fundado en la razón ó en el derecho, por manera que sus acciones no llevaban aquel sello sistemático que humilla á los adversarios, sino más bien el carácter moral que impone el respeto. Los hombres son propensos á fiarse en aquel que les parece desinteresado, seguros de que sus propios intereses no serán sacrificados á mezquinas ambiciones ó á miras personales.

Hasta sus mismos adversarios le juzgaban superior al espíritu de partido, y á ese fin había él dirigido constantemente sus conatos. « Mis acciones y el móvil que las dirige, resultado de mis reflexiones, quiero conservarlas libres é independientes como el aire... Si mi destino inevitable es el de administrar la cosa pública, llegaré á la presidencia sin compromiso alguno anterior en nada... Cualquiera cosa que pueda publicarse sobre mí, no contestaré con otras injurias; y hasta no sé si me justificaré nunca, pues esto no hace más que

alimentar la declamación. La mente de los hombres es tan diferente como los semblantes; y por consiguiente cuando los motivos de sus acciones son puros, no se pueden imputar más á sus ideas que á sus facciones... Las divergencias en materia política son inevitables, y hasta cierto punto necesarias; pero me llega al alma el ver hombres de talento, celosos patriotas, que en general se proponen el mismo objeto, y tratan de conseguirlo con intenciones igualmente rectas, faltar de caridad y de generosidad cuando juzgan sus recíprocas opiniones y acciones. »

Á La Fayette, que se quejaba de la maledicencia durante la Revolución francesa, le escribía: « No hagáis mucho caso de propósitos » absurdos, lanzados sin reflexión en el primer » ímpetu de una esperanza desvanecida. En un » gobierno libre, vos no podéis comprimir la » voz de la muchedumbre, porque cada uno » habla como piensa, y aun diré mejor, sin » informarse de las causas... Es natural al » hombre irritarse de todo lo que desvanece » una lisonjera esperanza ó un objeto favorito, » y es locura muy común el condenar sin » exámen. »

Hay una calma que ayuda á guardar el equilibrio, y á triunfar de los partidos en nombre, no de la superioridad del propio ingenio, sino de las cosas mismas y de su necesidad. Washington, sin pompas ni intrigas, y sin intentar una usurpación, pero siempre fijo en el punto objetivo que se había impuesto, contribuyó poderosamente á que la obra se llevara al término para que había sido comenzada; á la organización digna y firme del gobierno, y á una fuerte unidad de miras y de conducta en la administración. « Mientras que tenga el honor de dirigir los negocios públicos, nunca colocaré en posición importante á un hombre cuyas máximas políticas repungnen á las miras generales del gobierno, pues esto lo creería un suicidio político. »

Sin embargo, merced á rodearse el gobierno de personas de caracteres y de opiniones distintas, con Jefferson y Randolph demócratas, Knox y Hamilton federalistas; Knox soldado probo, Randolph intrigante y ambiguo, Jefferson y Hamilton sinceramente apasionados, no había peligro de formar una administración irresuelta, incoherente, que recibiese pareceres é impulsos de todos lados; por el contrario, nunca hubo allí un gobierno más decidido, laborioso, firme en sus ideas y eficaz en su voluntad.

El ceremonial que debía observarse con el presidente excitó graves disputas entre los partidos. Muchos federalistas, seducidos de las tradiciones y del esplendor monárquicos, se creían felices cuando colocaban en un banquete dos asientos algo más elevados que los demás, y en los cuales solo pudiesen sentarse Washington y su señora. Estas distinciones, y los recibimientos matinales del presidente, parecían á